

Veinte años con mi gata

MAYUMI INABA

Traducción del japonés:
Kazumi Hasegawa


QUATERNI

Capítulo 1

Una gatita traída por el viento

Nuestro primer encuentro

Fue al final del verano de 1977. Sí, creo que fue a finales de verano. Me encontré un gato, una criatura muy, muy pequeña. Parecía una bolita de pelo.

Su cara era del tamaño de una moneda; así de chiquito era cuando me lo encontré, chillando ansiosamente en la oscuridad, colgado de la verja de un instituto de Fuchū, Tokio, ubicado a la orilla del río Tama. Ese fue el lugar donde nos encontramos por primera vez.

¿En qué dirección soplaría el viento en aquel momento? Creo que una brisa suave venía del río Tama y se dirigía a la zona residencial. El viento traía consigo el maullido de aquel pequeño animal y por eso eché a andar con el aire de cara. Al principio lo busqué entre las vallas de las casas y en la hierba de los solares, pero después me di cuenta de que

los chillidos no venían del suelo sino de más arriba. Cuando levanté la mirada, vi una cosa blanca.

Frente a mí estaba la enorme penumbra del patio del instituto. Yo estaba delante de la alta verja que separaba el recinto escolar de la calle. Supongo que alguien lo había colado por aquel agujero de la verja metálica; la cría de gato estaba incrustada en la red, con las cuatro patas extendidas, a una altura a la que yo apenas llegaba con las manos poniéndome de puntillas.

El gatito tenía las orejas puntiagudas y los ojos húmedos e inocentes. El interior de su boca abierta era de un color rosa claro. Con su cuerpecito, se aferraba con todas sus fuerzas para no caer de la verja. Era obvio que no se había caído de ningún lugar y que tampoco se había subido allí él solo; alguien, con mala intención o por travesura, lo había colocado ahí. El pobre animal me miraba desde arriba con expresión aterrada.

—A ver... Ven aquí.

Cuando extendí las manos, el gatito se agarró a ellas con una fuerza que yo no esperaba. Tenía el cuerpecito congelado. Lo acerqué a mi pecho y noté un olor a leche que me recordó al verano. Su pelambre era muy suave.

Aunque era un gatito recién nacido, sus garras estaban afiladas y tenían una bonita forma de media luna.

Todas las partes de su cuerpo (la nariz, la boca...) eran pequeñas pero muy bonitas. Cuando lo acaricié, el gatito respondió apretando la cabeza suavemente contra mi pecho, aunque parecía que lo hacía con toda su fuerza.

¿Lo habrían abandonado? ¿O habría perdido a su mamá y lo atraparon y metieron en la verja mientras la buscaba? Me dio lástima imaginar cuánto miedo habría sentido colgado allí arriba y decidí llevarlo a casa para que durmiera en un lugar seguro al menos esa noche. *¿Me queda leche en el frigorífico? Oh, tengo que buscar una caja donde pueda dormir cómodamente...* Mientras pensaba en estas cosas, me marché a casa con el gato abrazado contra mi pecho.

—¿Un gato? —me preguntó mi marido.

—Estaba chillando en la calle —le contesté, y lo levanté para enseñárselo—. Mira, es muy chiquito.

Cuando intenté separarlo de mi pecho, se enganchó con sus garras a mi camisa de algodón.

Al verlo con buena luz, descubrí que era una hembra. Tenía la cara bonita. En la frente tenía tres rayas de distinto color: blanco, negro y café. Tenía el lomo pintado con esos mismos colores y la pancita totalmente blanca.

Aunque han pasado más de veinte años, todavía recuerdo con claridad la fuerza de sus garras cuando

la tomé en mis manos por primera vez. Tampoco he olvidado la inocencia con la que empujaba mi pecho con su cabeza. En mi memoria ha quedado grabado que aquella fue una noche ventosa; si no hubiera soplado el viento, habría sido imposible que yo escuchara sus maullidos, ya que el instituto estaba a más de cuatrocientos metros de mi casa. El capricho del destino o quizá la fuerza mágica del viento había transportado sus maullidos hasta mi ventana.

En el barrio, el viento solía soplar desde el río. Cargada de agua, la brisa resultaba tan fresca como el alcohol. El aire, tibio y suave, era tan agradable que en verano y otoño siempre dejaba las ventanas abiertas. Todo aquello propició nuestro encuentro esa noche.

Habían pasado dos años desde mi llegada a Tokio y para entonces ya me había liberado de mi obsesión por el amarillo.

Mi primera casa en Tokio estaba en una nueva zona residencial a la orilla del río Edo; allí, todas las casas tenían dos plantas y eran de diseño similar, aprovechando al máximo las pequeñas parcelas. No tenían jardín y entre las casas colindantes apenas existía una distancia razonable, así que, si acercabas la oreja a la pared, casi podías escuchar el sonido de la televisión del vecino.

Llevaba menos de un mes allí cuando descubrí que en casa entraba polvo amarillo. La arena fina se filtraba al interior, metiéndose entre los *tatamis* y en los rieles de las ventanas y amarilleando las cortinas. Batallé con aquella arena amarilla cada fin de semana, hasta que finalmente llegué a la conclusión de que lo mejor sería decorar la casa con tonos amarillos y similares para disimular la suciedad: alfombras amarillas y naranjas, cortinas amarillas, cojines amarillo limón... Como resultado, nuestra casa quedó tan colorida que al entrar en el salón me sentía como si estuviera en un campo de amapolas amarillas. Sin embargo, esta medida no solucionó el problema.

Me liberé de mi obsesión con el color amarillo cuando nos mudamos a Fuchū. La nueva casa se encontraba a la orilla del río, como la anterior, aunque el viento soplaba de un modo completamente diferente.

Nos mudamos a aquella casa con jardín a la orilla del río Tama en la primavera de 1975. Era propiedad de un compañero de trabajo de mi marido al que habían trasladado a otra provincia; en su ausencia, nos había ofrecido alquilarnos su casa. Se trataba de una vivienda acogedora y en el jardín había un columpio infantil. Tenía una estancia amplia, de unos dieciocho metros cuadrados y ubicación sur, con

cocina americana. Además, contaba con dos dormitorios de estilo japonés y un cuarto pequeño.

Todas las habitaciones tenían ventanas al exterior. Entre las casas había espacio suficiente para que no se escucharan los ruidos de los vecinos.

Cada casa es un enigma en sí misma, con voz y vida propia. Cada habitación tiene un olor característico, un ambiente único; por ejemplo, puede abrazar a la gente o envolverla con gentileza. Creo que los sentimientos del arquitecto quedan grabados en sus entrañas. Aunque aquella vivienda no era nuestra, me parecía que su semblante era mucho más amable que el de la casa anterior.

Dejé de comprar telas amarillas, pues a la nueva casa le sentaba bien el color blanco. Parecía mucho más bonita con cortinas blancas y un estilo más minimalista. Ni siquiera puse alfombras. Caminar descalza sobre aquellos suelos de madera me parecía lo natural, como si fuera eso lo que exigiera su «personalidad».

Me acostumbré al suave balanceo del columpio y a la calidez de la hierba del jardín bajo mis pies. A pesar de que estábamos rodeados por los muebles y enseres de otra persona, medio año después me sentía como si llevara mucho tiempo viviendo en aquella casa. Disfrutaba mucho los fines de semana, paseando

por la orilla del río Tama al atardecer y observando el agua en movimiento.

En primavera, en aquella zona residencial florecían los cornejos blancos y rosas, y las arboledas se llenaban de las flores blancas de la falsa acacia. Aunque nosotros nos mudamos en otoño, el paisaje cambió rápidamente con la llegada de la primavera.

No me di cuenta de que los árboles que había frente a nuestra casa eran falsas acacias hasta que florecieron. La brisa aromática entraba por las ventanas abiertas y movía las cortinas. Cuando los árboles se cargaron de flores, me pareció que el ambiente de la calle también era más alegre. Aquella era la primera vez que disfrutaba de la vida en un lugar tan fragante.

Llevaba una vida muy tranquila; apenas podía creer que antes hubiera sufrido tanto por aquella arena que me había hecho aborrecer el color amarillo.

Fue en aquella época cuando encontré a mi gata. Entró con naturalidad en mi corazón, pero creo que, si mi espíritu no hubiera sido liviano, si hubiera seguido obsesionada con el color amarillo, no nos habríamos encontrado. En aquel momento me sentía feliz viviendo allí. Ya no tenía que lidiar con aquella arena estresante y no me pasaba el día limpiando la casa con un trapo en la mano. Es posible que ese estado mental, totalmente relajado, me impulsara a

adoptar a la gatita. Sin pensarlo demasiado, la miré, la tomé en mis brazos y caminé hacia la casa.

*Gata, pequeña criatura
de garras transparentes y afiladas.
Tus orejas se mueven, escuchan,
y tus ojos me miran, húmedos y limpios.
La volátil brisa nocturna recorre la ciudad
y entonces apareces tú, llegada de un lugar lejano.
Bienvenida.
Hola.
Yo soy un ser humano. Tú eres una gata.*